



Más allá de su teoría errada, y, posiblemente, a pesar de ella, hay una práctica de Sendero Luminoso que ha superado las expectativas no sólo de la izquierda sino del país en su conjunto. Es hora de mirar más bien con otros ojos el país.

TRATAR DE COMPRENDER

No es poca cosa que los andes centrales hayan sido cuna de una de las grandes civilizaciones autóctonas de este planeta: que en nuestro territorio florecieran a través de los siglos sucesivos imperios "orientales", despóticos, que han dejado su huella hasta el presente entre nosotros. Y así como a pesar de la modernidad transnacional —que tan perfectamente encarnan Ulloa y Rodríguez Pastor— el poder exuda rasgos oligárquicos y gallardía virreinal; así, en el seno del pueblo, persisten también una serie de rasgos ancestrales. Muchos son de carácter democrático y deben ser incorporados en cualquier proyecto de transformación revolucionaria del país, pero otros son autoritarios y, por ende, regresivos.

No todo lo popular es, entonces, progresivo. Según el mismo Mao Tsetung, guía del PCP-Sendero Luminoso, en la vida del pueblo encontramos "esencia feudal y esencia democrática".

¿Qué aspectos reerge Sendero? Dos documentos excepcionales aparecidos en *El Diario*, arrojan luces al respecto.

Una carta, escrita según todo parece indicar por un militante de base de Sendero, deja filtrar, tal como decía, ayer *El Diario*, "tanto a la fraseología oficial de su partido... sus propios sentimientos: la rabia, la fantasía casi infantil (tenemos cuatro helicópteros), la utopía igualitaria (queremos la igualdad de vida), las visiones polpotianas (volaremos los bancos con todos sus clientes), el moralismo ayatoltesco (borrachos que bailan y vergelean) y la concepción autoritaria que busca imponerse sembrando el miedo y la paranoia (el partido tiene mil ojos y mil oídos)".

Todos esos elementos subsisten, pues, y tienen profundas raíces en ciertos sectores populares andinos. No es casualidad que muchos encuentren similitudes con Pol Pot y con los ayatollahs: tanto Irán como Kampuchea fueron cuna de grandes civilizaciones "orientales" (Persa y Khmer). Esos rasgos son también parte de lo popular, para nosotros descartables por autoritarios, pero no por ello menos reales.

Y son esos elementos, justamente, los que empujan perfectamente con el pensamiento que ha sistematizado una elite surgida del mundo indígena y mestizo surandino tradicional y precapitalista en descomposición, y que ha logrado generar un poderoso mensaje mesiánico, tal como puede verse en el documento *Somos los iniciadores*.

Esa elite, compuesta centralmente por profesores y estudiantes provincianos, se traza como objetivo la liberación del campesinado y del país, pero su estructura de pensamiento la convierte, más que en liberadora, en nuevo poder dominante allí donde se desarrolla.

Sendero 83 La hora de Túpac Catari

Carlos Iván Degregori

Aunque la derecha se empeñe en negarlo, el grueso de la izquierda zanjó claramente con Sendero Luminoso hace ya tiempo. Pero a más de dos años y medio de iniciadas sus acciones armadas y con nueve provincias andinas bajo control militar, hoy resulta insuficiente reiterar nuestras discrepancias teóricas, refugiándonos en el tibio regazo de Occidente y citando clásicos europeos.

En ese pensamiento, el partido edificado aparece como un poder prácticamente absoluto, orwelliano, aunque se proclame justo y se considere legitimado por lo que ellos consideran su línea correcta, su cohesión y su valor.

Para la población surandina, el partido pasará a ocupar el vacío dejado por el Inka, legitimado por ser hijo del Sol, o por los terratenientes, legitimados por ser la raza conquistadora y contar con la protección del dios católico.

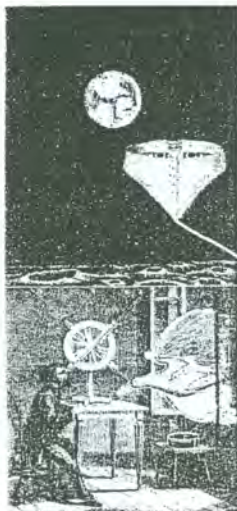
Después de todo, el mito de Inkari puede ser revolucionario pero no necesariamente democrático. Hubo un Señor bueno, el Inka, asesinado por un mal Señor, el conquistador español (y sus herederos). La resurrección del Inka puede significar la destrucción de los malos señores, pero no necesariamente la liberación ni el autogobierno, sino el regreso de otro Señor, bueno, muy bueno, pero Señor al fin y al cabo.

Y que quede claro que el Inka es bueno en el recuerdo (qué dirían de él los innumerables mitimás "de castigo" diseminados por todo el imperio; por algo huancas y cañaris aprovecharon la llegada del europeo para cobrarle sangrienta revancha), y es bueno en comparación con la incomprensible irracionalidad de los europeos.

Algo semejante sucede con Sendero, que comienza a aparecer propio y, después de todo, benevolente para la población ayacuchana en comparación con los sunchis, foráneos, en su mayoría costeños o aculturados que reniegan de su raíz andina, cuya violencia resulta, según todos los testimonios, mucho más sádica, indiscriminada y, por consiguiente, incomprensible que la de Sendero Luminoso.

Sendero Luminoso avanza, pues, aparte de la miseria y opresión seculares, en primer término, por la incapacidad de la izquierda para convertir su fuerza gremial (Andahuaylas, Huancavelica) o electoral (Ayacucho) en fuerza organizada revolucionaria.

Sendero Luminoso avanza recurriendo a la violencia implacable en una zona en la cual, en palabras de Sinesio López: "como producto de la frustración acumulada en el mundo andino por derrotas sucesivas a lo largo de los siglos... el mundo, la historia y la cultura han sido marcados por la violencia, que



constituye la base política fundamental a través de la cual discurre el complejo mundo de las relaciones sociales".

Sendero Luminoso avanza, además, y logra cierto enraizamiento de masas, a través de una mezcla de temor y simpatía, que es tan vieja como los andes.

Qué otra cosa eran sino los Inkas: benefactores, constructores de caminos y, al mismo tiempo, implacables administradores de pueblos; que otra cosa fueron los terratenientes. Recordemos a don Bruno, el terrateniente "bueno" de *Todas las sangres*, temido y querido al mismo tiempo por "sus indios", con los que acaba identificándose. Que otra cosa quisieron, sin mayor éxito, Velasco y el SINAMOS. Todos mezclando el temor y la protección, el amedrentamiento y la dádiva, el látigo y la zanahoria.

En el caso de Sendero, el castigo inflexible y sangriento a los soplones genera un temor generalizado en la población; pero el castigo a los adulteros y explotadores locales, puede ganar simpatía en una población oprimida y desorganizada. De esta manera, el partido, como nuevo poder paternalista,

reemplaza a los poderes anteriores, tratando de aparecer justo pero implacable. Sin embargo, no es el poder democrático del pueblo organizado, sino algo diferente a él, que "lo protege y lo guía". Por algo, periodistas en otras regiones andinas han recogido versiones de comunidades que, enfrascadas en interminables litos judiciales, quieren contratar a Sendero Luminoso para que se encargue de "ajusticiar" a sus opresores, ahorrándose el trabajo de liberarse por sí mismas.

DIMENSION Mesianica

No es por exquisites académicas que nos referimos con tanta frecuencia a los Inkas. Desde Ayacucho ha llegado a *El Diario* un confuso manifiesto de un autodenominado Comando Revolucionario "Los Inkas", firmado por Manco Cápac, Inca Pachacutec, Túpac Yupanqui y Huáyna Cápac, que reivindica a Velasco como a Sendero Luminoso.

¿Exótico? ¿Ridículo? Tal vez, pero incluso en el documento *Somos los iniciadores* que publica *El Diario*, se habla explícitamente del *doble significado* de la palabra I.A., clave que da nombre a la Escuela Militar del PCP-SL. Un significado se menciona: I.A. son las siglas de "iniciar la lucha armada"; pero también son piedras mágicas zoomorfas que multiplican el ganado y garantizan la abundancia y el éxito (ese significado se alude, pero no se explicita).

Y en muchos documentos y testimonios que recogen correspondientes y testigos presenciales, aflora una dimensión religiosa, mesiánica aun cuando sea desvirtuada, como la deificación del c. Gonzalo, los ofertorios rituales de sangre derramada hasta la última gota o las promesas de estar dispuestos "a morir en pedruzcos".

Algo muy profundo tiene lugar en los andes y quizá en todo el país, hoy interconectado por migraciones, carreteras y microondas.

Los antiguos valores han colapsado y no hay nuevos que llenen ese vacío. Vivimos un convulso período de transición en el cual florecen múltiples propuestas alternativas: desde los grupos pentecostales en los pueblos jóvenes, hasta Sende-

ro Luminoso en los andes. Belaúnde puede ser el penúltimo (siempre puede haber otro, ¿Alan García?) virrey, y la actual puede ser la última "guerra de castas" en la historia del Perú.

LA HORA DE TUPAC CATARI

Hace doscientos años, las tendencias más progresivas de la sociedad andina se aglutinaron alrededor de la figura de Túpac Amari y desplegaron sus nobles fuerzas buscando espontánea y embrionariamente un camino nacional para el Perú. Túpac Amari trató de lograr las más amplias alianzas con mestizos y criollos. Ello le dio fuerza, pero al mismo tiempo lo hizo vacilar, por ejemplo, en el sitio del Cusco, donde moraban potenciales aliados de otras castas. Finalmente, incapaz de consolidar el amplio espectro de fuerzas enfrentadas al poder virreinal, el rebote fue derrotado. Pero en el Altiplano, Túpac Catari continuó una rebelión mucho más fiera y sin cuartel, quien sabe más heroica, pero cuyos blancos se ampliaron hasta incluir criollos y mestizos, regresionando hasta adquirir tintos racistas (llegando a prohibir el uso del castellano y de vestidos, usos y costumbres no indígenas), quedar aislada y ser finalmente derrotada.

Dos siglos después, hacia fines de la década pasada, amplias capas de la población tensionaron una vez más las fuerzas y se levantaron buscando discordantemente un camino hacia la liberación, el autogobierno y el progreso. Representaban a los sectores más organizados, las forencladas del proletariado y el pueblo, que llegaron a esbozar embriones de autogobierno en algunos Frentes de Defensa.

Por su tendencia natural a ampliar las alianzas y buscar la unidad, por su programa de avanzada, fueron, en cierta medida, un equivalente al movimiento cusqueño del siglo XVIII. Un movimiento tupacamarista sin ese Túpac Amari colectivo que debió ser la izquierda, la cual se quedó corta a pesar de sus esfuerzos.

En la presente década, esa vertiente ha entrado en temporal refugio, pero la posta del enfrentamiento ha sido tomada por un movimiento mucho más radical y violento, pero excluyente, incapaz hasta el momento de forjar alianzas y preñado de elementos regresivos, en especial su carácter autoritario y su desinterés por la organización autónoma y el autogobierno de masas.

En este caso, Sendero Luminoso quisiera ser el equivalente a un Túpac Catari colectivo: el partido dispuesto a todo; pero faltan las masas, al menos sus sectores más organizados, conscientes y modernos. Y a pesar del caos y de la crisis, el país ya no es el de antes.

Es la hora candente, feroz y alucinada de un Túpac Catari, que por desgracia no anuncia el futuro, un futuro cuya única garantía la constituyen esas capas del pueblo que hace algunos años entraron en combate y no fueron derrotadas, que continúan a su manera en la batalla, gestándose, ojala, como Túpac Amari colectivo que pueda finalmente alcanzar la victoria.